

ción violenta, porque se sospechaba favorecía á Francia, aun en aquellas cosas en que no lo hacía realmente (1). En la opinión pública, todos los papas residentes en Aviñón fueron tenidos, más ó menos, como vasallos de la corona de Francia, y en todos sus actos se sospechaba la intervención de la política francesa.

La dependencia del poder de un príncipe, que antes había tenido que oír frecuentemente palabras de corrección de parte de Roma, formaba un violento contraste con la plenitud de potestad reclamada por los Sumos Pontífices; á lo cual se agregó la conducta marcadamente mundana de los más de los papas aviñoneses. De esta suerte se provocó una oposición, que pudo ser vencida de momento, mientras quiso apoyarse en el vacilante y, en sí mismo poco seguro, poder imperial; pero que afectó los ánimos demasiado hondamente, para dejar de excitar una conmoción, cuyas oleadas dejaron huellas duraderas en todas las siguientes centurias. Aun personas de sentimientos fervorosamente cristianos, y entusiastas partidarios de la Santa Sede (no hay sino recordar á Santa Catalina de Sena) se sintieron envueltas en dicho movimiento. El sistema político del Estado papal, por haberse formado independientemente del Imperio y al mismo tiempo que éste decaía, era por su misma naturaleza una construcción harto aérea, y estaba demasiado fundado sobre el principio de autoridad, para poder resistir á una tal doble corriente política y eclesiástica; y la espantosa ruina del gran cisma de Occidente, no fué sino la consecuencia de aquella falsa situación en que el Pontificado había venido á colocarse (2).

Los inconvenientes que nacieron de la residencia de los papas en Aviñón, se hicieron sentir inmediatamente y de una manera particular en Italia, donde se produjo una completa anarquía, luego que aquel país se vió privado de su principio de unidad, por la infeliz resolución de Clemente V de establecer su residencia en Francia. Desgarrada por irreconciliables partidos, la Península italiana, que no sin razón ha sido llamada el jardín de Europa, se vió convertida en un lugar de desolación, con lo cual se explica fácilmente el que se apoderara de todos los italianos una verdadera ansia de recobrar el principio de unidad perdido; ansia que

(1) Loserth, Kirchenpolitik Englands I, 19.

(2) El juicio anterior es de Reumont: Theolog. Litteraturblatt VI, 663.

se manifestaba en la más agresiva oposición contra el Pontificado hecho francés. Con agrias palabras flagelaba el poeta de la Divina Comedia al supremo «Pastor del Occidente» (1), por haber establecido una estrecha alianza entre el Pontificado y la monarquía francesa. Y, cuando á la muerte de Clemente V, los cardenales se reunieron en conclave en Carpentras, Dante levantó su voz como intérprete de la opinión pública ofendida, la cual reclamaba la devolución de la Sede Pontificia á Roma; y en un escrito dirigido á los cardenales italianos, pedía instantemente la elección de un Papa de su nacionalidad (2).

Pero quien formuló los más duros juicios contra los papas franceses, fué Petrarca; el cual llegó en teoría, á condenar á todo Papa que residiera en Aviñón, fuese, por otra parte, digno ó indigno. Ninguna frase parece al poeta bastante fuerte cuando habla de Aviñón; esta ciudad significa para él lo mismo que la Babilonia del Apocalipsis. En uno de sus poemas la llama «fuente del dolor, albergue de la ira, escuela de los errores, templo de la herejía; un tiempo Roma y ahora la falsa Babilonia cargada de pecados, fragua de mentiras, horrible cárcel, infierno en la tierra». En toda una serie de cartas, que tuvo buen cuidado de guardar secretas, derramó la copa de su furor contra la ciudad que había arrebatado á la santa Roma la residencia de los papas. La misma apacible forma del soneto, en que por lo demás solía expresar únicamente la felicidad de sus amores y sus amorosas cuitas, la utilizó para tronar con la voz de un profeta del Antiguo Testamento contra el tráfico de aquella no santa ciudad (3); pero se equivocaría mucho quien quisiera tomar tales declamaciones, escritas con ardor genuinamente italiano, acerca de los pecados de Aviñón y de la corrupción eclesiástica en general, como enteramente seguros y fieles documentos. Petrarca habla en ellas como poeta y como patriota lleno de celo y de entusiasmo en favor de Roma. Sus juicios son muchas veces desmedidamente parciales é injustos, y su vida no fué tal

(1) Dante, Inferno XIX, 82.

(2) La existencia de esta carta está atestiguada por Giov. Villani, pero que sea idéntica con la que Troya descubrió en 1826 (impresa in Opp. min. di Dante ed. P. Fraticelli, Firenze 1862, III: 486—494), es dudoso; cf. Kraus, Dante 88. 293. 308 s.

(3) Cf. Geiger, Petrarca 168—169; Gaspary I, 457 s.; Bartoli 85 ss. 96 s.; Kraus, Petrarca 86 p. 259, y las Rimas de Petrarca, traducidas y declaradas por K. Kekulé y L. v. Biegeleben (Stuttgart 1844) I, 220; 181—183.

que le autorizara para presentarse de este modo como severo predicador de las buenas costumbres. Prescindiendo de otros extravíos, baste recordar aquí su excesiva codicia de prebendas, con la cual están estrechamente enlazadas sus diatribas contra Aviñón y la Curia, las cuales dejan colegir el mal éxito de algunas de sus pretensiones (1). Para la corrección del mundo corrompido nada hizo Petrarca, quien empezó hartamente la reforma de sí mismo. No fué más que un idealista soñador, que se dispó en fáciles discursos, sin intentar la realización práctica de sus pensamientos reformistas (2).

El juicio absolutamente condenatorio contra los papas de Aviñón ha debido su origen, en no pequeña parte, á las injustas descripciones de Petrarca; pues, en el tiempo siguiente, se ha atribuído á sus declamaciones, sin someterlas á una prueba razonable, un valor histórico de que carecen; y algunas veces se ha llegado hasta creer que Petrarca fué, por sus mismos principios, un adversario del Pontificado. Nada más inexacto que semejante juicio. Jamás, ni remotamente, pensó Petrarca poner en duda, ó combatir de alguna manera, el origen divino del Pontificado (3), y, como ya dijimos, estuvo con casi todos los papas de su época en las mejores relaciones exteriores, recibiendo de algunos no pocas muestras de favor. Sus tantas veces repetidas é instantes exhortaciones para que abandonaran á Aviñón y regresaran á Roma, que con su ausencia había quedado viuda y huérfana, las tomaron los papas de Aviñón como píos sentimientos de un poeta; y obraron en ello con toda justicia, pues no fueron realmente otra cosa; y el mismo Petrarca prefirió durante muchos años la residencia de aquella *cárcel babilónica*, que tan sin miramiento condenaba, á la de su patria italiana; la comodidad y sus miras interesadas en la pretensión de prebendas, tuvieron fuerza bastante para detenerle allí; al paso

(1) Voigt, *Wiederbelebung I*°, 104: Cf. 85 s. 99 s., y Kraus *Petrarca* 86 p. 260. Cf. además Körting I, 25 ss. 200, el cual llama justamente la atención (I, 308) sobre el hecho que, este mismo hombre que se presentó como severo censor de las costumbres de la Curia de Aviñón, no tuvo ni una palabra de censura contra las crueles fazañas de los Visconti, antes los aduló de indigna manera, y aun después, cuando podía hacerlo sin temor de consecuencias desagradables, no salió una palabra de desaprobación de sus ordinariamente tan elocuentes labios. V. también Symonds, *Revival* 59.

(2) Körting I, 227. Bartoli 97 s. Monnier 80 s. Cf. arriba p. 110.

(3) Körting I, 407. 441; II, 201.

que los Papas estaban encadenados á su residencia francesa por muchos y difícilmente solubles vínculos (1).

Pero si se ha de negar resueltamente á Petrarca el derecho de mostrar su catoniana indignación contra la Curia aviñonesa; si se ha de suavizar en muchos puntos, la imagen que trazó del tráfico que allí se ejercía; no puede con todo, la investigación amante de la verdad, desconocer que la corte pontificia trasladada á las riberas del Ródano, se dejó dominar de una manera lamentable por el espíritu mundano, en algunas ocasiones, desplegando un lujo exagerado; y de estos deplorables yerros, se pueden aducir testimonios más fidedignos que las retóricas descripciones del poeta italiano (2). Debemos, no obstante, ser suficientemente justos, para tener en cuenta, entre otras circunstancias, que, por la confluencia de millares y millares de personas en la pequeña ciudad provincial francesa, convertida de la noche á la mañana en capital del mundo, resaltaban más vivamente en ella los puntos oscuros que son comunes á todas las ciudades de población numerosa (3). Por muy honda que sea la impresión que nos hacen las duras acusaciones de algunos contemporáneos, indignados por la corrupción moral de Aviñón (4), aquella misma época nos ofrece por otra parte las más consoladoras manifestaciones de la vida eclesiástica; las cuales, como es natural, no resaltan con tan vivos colores en la tradición histórica, precisamente porque su terreno era principalmente el de la soledad y retiro. No faltaron á la Iglesia, en aquellos tiempos turbulentos, Santos en quienes se

(1) Juicio de Voigt I°. 65 H. Jacoby, *Die Weltanschauung Petrarca's* (Preuss. Jahrb, 1882, XLIX, 570), dice expresamente: «En el terreno de la política fué Petrarca un fantaseador.» Lo mismo juzgan Balbo, *l'Epinois* (281—282), Gaspary (I, 421 s. 450) y Bartoli (161).

(2) Cf. especialmente las descripciones de Alvaro Pelayo, gran conocedor de la corte de Aviñón. En un lugar dice este escritor animado de muy amistosos sentimientos hacia los Papas: «Lupi sunt dominantes in ecclesia; pascuntur sanguine; anima uniuscuiusque eorum in sanguine est.» Cf. Dante *Parad.* XXVII, 56—59. Del lujo de la corte de Aviñón ha tratado recientemente con la simpatía de un investigador del arte, Müntz en la *Rev. d. quest. hist.* LXVI, 5 ss. 378 ss. Aquí se trata también de la acción caritativa de los papas. Que el lujo desplegado en muchas cosas era excesivamente grande, no lo niega tampoco Müntz; cf. principalmente 384 ss.

(3) Körting I, 129.

(4) No puede ponerse en duda que es inútil buscar en la mayor parte de los cronistas italianos un juicio recto de la época de Aviñón. V. *Hist. litt.* 10. 14. 18. 20. 21; Cf. Gebhart, *Moines et Papes* 79.

mostrara del modo más brillante el espíritu del Cristianismo y de su Fundador divino; y aun jueces tan severos como Alvaro Pelayo nos refieren, hablando de prelados puestos en posición tan eminente como, por ejemplo, el cardenal Martin, que fué como Legado á Dinamarca, rasgos que demuestran claramente la mortificación y el desinterés de aquellos eclesiásticos (1).

Quien más duramente sufrió las consecuencias de la traslación de la Santa Sede á Aviñón, fué la Ciudad eterna; la cual, como asiento de los papas, era el corazón de la Cristiandad, y la celebrada reina de todas las ciudades del mundo; término y meta de ardientes anhelos de tantos millares de peregrinos como anualmente se dirigían á los sepulcros de los Príncipes de los Apóstoles, llevando al propio tiempo, al supremo Pastor de las almas, al Vicario de Cristo en la tierra, el homenaje de su fiel amor y veneración. Roma sacaba de este frecuente concurso de peregrinos, así como también del sostenimiento de la corte pontificia, pingües ganancias, y no pocos cargos eclesiásticos influyentes y productivos recaían naturalmente en los romanos, como más próximos al sol de los pontificios favores. Todas estas ventajas quedaron destruídas de un solo golpe, y Roma bajó, desde la altura de señora del mundo, al nivel de una ciudad provincial italiana; despojada de los más ricos emolumentos y entregada al capricho de los partidos, especialmente de las poderosas familias nobiliarias (2). Cuanto más se prolongaba la ausencia de los papas, tanto se hacía mayor la perturbación; las iglesias estaban tan decaídas y abandonadas, que en San Pedro y en Letrán los rebaños pacían la hierba que crecía hasta en las gradas del altar. Muchos templos se hallaban destechados, otros próximos á derrumbarse (3), y todavía mayor que la ruina de los monumentos de la Roma cristiana, era la que padecían los de la pagana Anti-

(1) Höfler, *Roman. Welt* 131—133. Cf. Kraus, *Dante* 481. 487 s.; Schubiger 298. 374; Wetzer u. Welte's *Kirchenlexikon* IX<sup>2</sup>, 115 s.; Hergenröther II, 149 f. 185 s., y *Sitzungsberichte der Wiener Akad.*, histor. Kl. 97, p. 873 s. Acerca del cardenal legado Martin, cf. Moltesen. *De Avignonske Pavers forhold til Danmark* (Kopenhagen 1896) 152 N.

(2) Sugenheim 240 ss. Papencordt, *Rienzo* 37 ss.

(3) En Agosto de 1375 escribía el agustino Luigi Marsigli á Guido del Palagio «Riguardi chi vuole le chiese di Roma, non dico se sono coperti gli altari, che della polvere sono più sovvenuti che di altro ricoprimento da quegli, che i titoli tengono di esse; non dico se sono ufficiate o cantonvisi l'ore, ma se hanno tetti, usci o serrami.» Lettera del v. L. Marsigli X—XI.

güedad; los cuales eran destruídos sin miramiento ninguno, llegando un Legado á ofrecer los mármoles del Coliseo para emplearlos en la fabricación de cal. Aun á otras ciudades eran conducidos los mármoles de los antiguos edificios, y el archivo de los constructores de la catedral de Orvieto conserva un número de escritos, de los cuales se infiere, que los capataces de la construcción de aquel templo hacían venir de la ciudad de Roma una gran parte de los mármoles, y enviaban allá á sus agentes y apoderados, con más frecuencia que á las canteras de Carrara, recibiendo muchas veces, principalmente de los Orsini y de los Savelli, el presente de grandes bloques de mármol (1). La actividad arquitectónica había cesado casi totalmente en la ciudad del Tíber, y la única construcción pública considerable de la arquitectura romana, durante todo el tiempo de la ausencia de los Papas, fué la escalinata de mármol que conduce á la iglesia de Santa María de Araceli, la cual, según dice la inscripción de 1348, fué construída en acción de gracias por haberse librado la ciudad de la peste (2). En el siglo XIII el arte había cobrado en Roma un impulso que daba grandes esperanzas; y principalmente los trabajos en mármol y mosaico habían producido obras notables, siendo en particular la escuela genuinamente nacional de los Cosmates, la que desarrollaba en Roma y en la Italia central, una actividad tan extendida como meritoria. En el reinado de Bonifacio VIII, Giotto, genio iniciador del arte italiano, había ejecutado sus obras de pintura en la iglesia de San Pedro y en Letrán; pero la traslación de la Silla Pontificia á Francia, dió fin en Roma por mucho tiempo á aquella actividad artística, que tan opimos frutos prometía (3). También en este concepto vino á ser Aviñón peligrosa rival de la Ciudad eterna; pues los papas, ni aun en su destierro se olvidaron de las bellas artes. Desde Benedicto XII muchos artistas italianos estaban ocupados en Aviñón, adornando con pinturas la catedral

(1) Papencordt, *Rienzo* 42; Cf. (della Valle) *Storia del duomo di Orvieto* (Roma 1791), 103. 105. 266. 268 s. 286. 289—290. Burckhardt, *Gesch. der Renaiss.* 35. *Arch. st. dell'Arte* II, 330 ss. *Bull. d. comm. arch* 1897 p. 291 ss. Babucke, *Gesch. des Kolosseums* (Königsberg 1899) 31 s. Cf. también Lanciani 248. 375 s. En las excavaciones de la casa de las vestales bajo la iglesia de Sta. María Liberatrice, se ha tropezado recientemente con no menos que cuatro hornos de cal, que perpetúan la triste historia de las destrucciones allí realizadas.

(2) Casimiro, 26.

(3) Gregorovius VI<sup>2</sup>; 657. Cf. Reumont II, 1000 s., y Schnaase VII<sup>2</sup>, 477.

y el palacio, y sólo la muerte impidió á Giotto acceder á la honrosa invitación del mencionado Papa. El adalid de los artistas de Aviñón era Mateo Giovanni da Viterbo, procedente de la escuela del sienés Simón Martini; y también éste había estado en Aviñón desde 1339 á 1344, pintando, en el pórtico de la catedral, los frescos de que sólo se ha conservado un resto exiguo (1). En el terreno de la literatura, no era la suerte de la huérfana Roma mucho mejor que en el terreno de las otras artes; aunque las consecuencias de semejante estado de cosas se hicieron sentir mucho más tarde, bien que, por esto mismo, más poderosamente. El triunfo del Renacimiento en Roma no hubiera sido tan rápido ni tan absoluto, si no le hubiese precedido la espantosa barbarie que invadió la ciudad abandonada por los papas.

De la enorme incultura, del total empobrecimiento, en que cayó por entonces Roma, es difícil formarse una idea completa. La región que contemplaba Petrarca desde las Termas de Diocleciano, ofrecía el aspecto de un dilatado campo de ruinas, donde yacían en confusa mezcla los escombros de los monumentos antiguos y de las construcciones medioevales; y las murallas de Aurelio, abrazando los restos del esplendor antiguo, era lo único que daba á la ciudad, reducida á ruinas, algún carácter de unidad, y el aspecto de un todo (2).

No es en manera alguna retórica exageración, lo que el cardenal Napoleón Orsini aseguraba al Rey de Francia, después de la muerte de Clemente V (1314): que por la traslación de la residencia pontificia á Aviñón, Roma había sido puesta al borde de la ruina; ó lo que decía más tarde (1347) Cola di Rienzo: que la Ciudad eterna se parecía más á una guarida de salteadores, que á un lugar destinado á la habitación de hombres civilizados (3).

(1) Acerca de lo anterior cf. Schnaase VII<sup>o</sup>, 356 Anm. 2; Crowe-Cavalca-selle II, 261—269; Müntz in *Mém. de la Soc. nat. des Antiq. de la France* 1884 y A. Gosche, *Simone Martini* (Leipzig 1899) 88 s. 96 s. 111 s. Por lo demás Juan XXII favoreció de igual manera las artes y á los artistas; cf. Faucon en las *Mélanges d'archéologie et d'hist.*, publ. par l'École franç. de Rome II (1882), 43—83; IV, 56—130.

(2) Gregorovius VI, 689; Cf. 177 s. 310 s. 418 ss. y Kraus, *Petrarca* 86 p. 73 s.

(3) El escrito del cardenal N. Orsini está impreso en Baluze, *Vitae* II, 289—292, y el de Cola di Rienzo en una antigua traducción italiana en Sansovino, *Casa Orsini* 52—53<sup>b</sup> y en Bussi 195—196. Acerca del sepulcro todavía conservado de Clemente V en Uzeste cf. *Mém. de la Soc. nat. des Antiq. de France* 1887, p. 274 ss.

Roma sentía asimismo de la manera más amarga, que sólo como asiento del Pontificado podía tener importancia en la Historia del mundo; pero también los papas, por su parte, tenían que sufrir grandemente por haberse alejado de su asiento natural, santificado por una historia de más de diez centurias. Al salir de Italia, del Estado de la Iglesia, de Roma, parecía como si hubiese faltado el suelo bajo sus pies; y no era posible que en el Sud de Francia alcanzara el Pontificado un desenvolvimiento próspero. Desterrado de la ciudad de los Príncipes de los Apóstoles, se veía como arrancado de su tierra natal.

Por lo dicho se entiende claramente, cuán peligroso trance fué, en la Historia, así de la Santa Sede como de la Iglesia, la traslación duradera á Aviñón de la residencia pontificia, motivada por las turbaciones de Italia (1). Con ella se rompió casi de repente un proceso histórico muchas veces secular, substituyéndolo por otro enteramente nuevo; y nadie, que tenga algún concepto de la naturaleza y necesidad de la continuidad del histórico desenvolvimiento, puede desconocer los enormes peligros que había de acarrear la traslación al Sud de Francia del centro de la unidad eclesiástica (2). Era imposible que, por efecto de ella, dejase de producirse á la larga un fuerte sacudimiento de la autoridad pontificia y de todo el Estado de la Iglesia, que precisamente entonces necesitaba un desenvolvimiento tranquilo y, por muchos conceptos, reclamaba una profunda reforma.

Para colmo de desdichas, estalló á la sazón de nuevo, con impensada violencia, la lucha entre la Iglesia y el Imperio. Los principales representantes de la oposición, así eclesiástica como política, contra el Pontificado, se agruparon en seguida en torno del rey alemán Luis de Baviera, ofreciéndole su auxilio contra Juan XXII. Como representantes de la oposición eclesiástica, aparecieron los popularísimos é influyentes Minoritas, que precisamente entonces andaban enredados con Juan XXII en una acaloradísima contienda (3). El propio objeto de dicha contro-

(1) Cf. Renan en la *Revue des deux mondes* (1880) XXXVIII, 112.

(2) Theiner-Feszler, *Die zwei allgemeinen Konzilien von Lyon und Konstanz über die weltliche Herrschaft des Heiligen Stuhles* (Freiburg 1862) VII. Cf. Phillips III, 331. 334.

(3) Cf. Marcour 1—20; Müller I, 83 s. Sobre la conexión de esta contienda con las agitaciones de los franciscanos, que ya duraban un siglo y conmovían las cosas eclesiásticas, cf. M. Ritter en *Theol. Litteraturblatt* 1877 p. 121 ss.

versia era la discrepancia que mediaba entre ellos y el Papa, respecto al modo de entender el concepto de la pobreza evangélica; la gran popularidad de la Orden la hacía un adversario en alto grado temible (1), y los Minoritas, extremadamente irritados contra el Papa, llegaron á ejercer grande influencia en Luis de Baviera. Este influjo se mostró claramente en la apelación decretada por Luis en Sachsenhausen, junto á Frankfort, en 1324. En este notable documento se opone contra Juan XXII «que á sí mismo se da el nombre de Papa», entre otras duras acusaciones, hasta la misma de herejía. Juan — se dice — lleva su audacia hasta levantarse contra Cristo, contra la Santísima Virgen, contra el Colegio de los Apóstoles, y contra la doctrina, atestiguada por la vida de ellos, de la perfecta pobreza, antorcha de nuestra fe (2). Después de una extensa y apasionada declaración dogmática sobre la pobreza de Cristo, y de un cúmulo de reproches, sigue finalmente la propia apelación á un concilio universal, á un futuro Papa legítimo, á la Santa Madre Iglesia, á la Silla Apostólica y, generalmente, á todo cuanto pueda apelarse (3).

Este documento, que mezclaba la cuestión científico-política con la teológica, se difundió diligentemente por Alemania é Italia, fijándose públicamente en todas partes, y sirvió para envenenar de manera irremediable toda aquella contienda. Con la lucha política se juntó ahora otra eclesiástica, cuyas consecuencias no pudo medir Luis (que no era más que un hombre de guerra) y cuyo desenvolvimiento no le fué posible dominar, haciéndose desde este momento cada vez más violenta y apasionada la infeliz discordia. Los Minoritas no se mantuvieron en adelante en el terreno teológico, en el cual había versado originariamente su contienda con Juan XXII; sino extendiéronse al político, y tomando ocasión de las disputas teológicas, vinieron á constituir

(1) Höfler, Avignonesische Päpste 255—256.

(2) Baluze, Vitae II, 494. 502.

(3) L. c. 511. Acerca de la parte que tomaron los Minoritas en la apelación y la actitud de Luis respecto á la misma cf. Marcour 29 ss. 71—75; Müller I, 75 ss. 96 ss., y Riezler, Gesch. Bayerns II, 352 s. Cf. también Zeitschr. f. Kirchenrecht 1884, XIX, 239 ss., y Hefele Knöpfler VI, 588 ss. Vid. además Wurm im Histor. Jahrb. XIII, 231 s.; Priesack in der Zeitschr. s. Kirchengesch. XVII, 72 s.; Schwalm im Archiv f. ält. deutsche Gesch. 1900, XXV, 578 s.; Felten, Forschungen z. Gesch. Ludwigs d. B. (Neusz 1901).

un sistema político, fundado en doctrinas, que, con una hasta entonces nunca vista osadía, trastornaban los conceptos jurídicos usuales, y amenazaban principalmente conmover en sus cimientos la posición del Pontificado. En la exposición y defensa de dichos principios estriba principalmente la importancia de aquella empresa de los Minoritas (1).

Pero juntamente con ellos tomaron un lugar principal en la contienda otros dos varones que pueden ser designados como portavoz de la oposición específicamente política contra el Pontificado. Verosímilmente en el verano de 1326, se presentaron los profesores parisienses *Marstlio de Padua* y *Juan de Jandún*, en la real residencia de Nuremberg (2); y la célebre obra, compuesta en común por éstos, los dos más importantes impugnadores literarios de los papas que entonces hubo: el *Defensor Pacis* (3), es tan notable, que no podemos prescindir de dar aquí una suficiente noticia de las ideas revolucionarias en ella defendidas.

En el terreno político, sostenía este libro, lleno de las más violentas invectivas contra Juan XXII, «el gran dragón», «la antigua serpiente», la absoluta soberanía del pueblo; al cual compete, así la facultad legislativa, que ejerce por medio de representantes por él elegidos, como la institución del poder gubernativo, la cual debe asimismo realizarse por elección. El gobierno no es más que un instrumento ejecutivo de la potestad legislativa; y debe estar sometido á la ley, de la cual ninguno absolutamente puede exceptuarse. Si el gobernante se extralimita de sus facultades, el pueblo está autorizado para privarle de su poder y deponerle; las atribuciones del poder del Estado se extienden tanto, que él debe fijar cuántas personas pueden dedicarse á cada profesión. De libertad individual no puede hablarse en el Estado de Marsilio, más que en el antiguo de los espartanos.

(1) Marcour insiste con razón en esto, 29.

(2) Cf. Riezler, Litterarische Widersacher 29 ss., el cual demuestra contra Doellinger y otros, que ni Juan de Jandun ni Marsilio pertenecieron á la Orden de los Minoritas (34 ss. 56). Acerca de la época en que ambos eruditos llegaron á Nuremberg cf. Müller I, 162.

(3) Sobre las ediciones y manuscritos no orienta del todo bien Riezler, Litterar. Widersacher 193 s. Según Müller (I, 368) la obra se terminó probablemente en Junio 1324. Otra conjetura no bastante considerada acerca del origen del notable escrito propuso M. Ritter en Theol. Litteraturblatt (1874 p. 560).